

¿Quién diría que el pobre niño que mendigaba un pedazo de pan en Magdeburgo escribiría algún día en semejante estilo? Nada en este Breve explica los arrebatos de Lutero contra Leon X; ni aun siquiera se pronuncia en él el nombre del monge.

El Papa hubiera podido excomulgar á Lutero, y prefirió, sin embargo, como observa el historiador anglicano Roscoe, poner á prueba la sinceridad del doctor. Jefe visible de la tierra, viva imagen del Hijo de Dios en la tierra, Leon X venia, en nombre de la omnipotencia de Cristo, á decir á un sacerdote: «Hé aquí la doctrina de la Iglesia; lee y obedece, ó serás espulsado de la comunión de los fieles. La eficacia de las indulgencias es dogma de fe. Si tu razon la rechaza, no eres ya mi hijo; no eres ya uno de los eslabones de esa gran cadena que se unia á los discipulos de Jesus; no eres ya una gota de agua de este océano católico, que no se secará hasta la consumacion de los siglos: te abandono en nombre de Cristo, como á Juan Huss, á Wiclef y á todos los que, así como tú, han querido guiarse por solo su razon, en vez de seguir esta luz, que iluminará á todo hijo dócil hasta la espiracion de los tiempos.»

¿No era este un bello lenguaje?

CAPITULO VIII.

EL PUEBLO ALEMÁN: MILTITZ.—1518-1519.

El pueblo alemán favorece la Reforma, y por qué.—La imprenta y el grabado se unen al pueblo.—Lutero niega la infalibilidad del Papa.—Su carta de sumision á Leon X.—Entrevista del nuevo legado Miltitz con Lutero.—Éste se compromete á tomar por juez de sus doctrinas al Obispo de Salzburgo.—Escribe en este sentido al elector de Sajonia.—Concluida la entrevista, recusa el juicio del episcopado.—Encolerizase contra Miltitz, y llama á Leon X el *Anacristo*.—Digna conducta del Papa.—Lutero busca el escándalo, y quiere disputar.

Lutero habia dicho: «Que hable un Obispo, y me someto.»

El Obispo habia hablado; y Lutero no se habia sometido.

Lutero dijo: «Que se haga conocer mi causa á las Universidades de Lovaina y de Paris, y si me condenan, me someto.»

Condenáronle las Universidades de Paris y de Lovaina; pero Lutero no se sometió.

Lutero dijo: «Quiero llevar mi causa ante el Nuncio del Papa, y si me encuentra culpable, me someto.»

Habló Cayetano, y Lutero no se sometió.

Dijo mas: «Apelo al Papa; su voz es la de Dios.»

Hizose oír la voz de Dios; y Lutero no se sometió.

Entonces apeló al futuro Concilio.

Pareció la apelacion; habíala preparado el monje muy de antemano. «Como Abraham, dice, está dispuesta á ir donde la guie la voz de Dios, arrostrando la maldicion de Roma, el lugar donde reside el *Antecristo*.» A creerle, hubiera esperado la última palabra del soberano Pontifice antes de imprimir su apelacion; pero el librero, á quien supone hombre de buena fe, comprendiendo perfectamente sus intereses, en vez de depositar la edicion entera en casa del autor, como habian convenido, puso en venta el folleto, cuyos ejemplares todos fueron arrebatados en pocas semanas.

En esta apelacion, Lutero, que prevé que Roma debe condenarle solemnemente, suscita por primera vez dudas sobre la infalibilidad del Papa, que aun no ha negado abiertamente.

Como si hubiera querido conocer el efecto que iba á producir en Alemania su invocacion al futuro Concilio, formulada en términos llenos de arrogancia, y su leccion dada á Leon X sobre la fragilidad humana, Lutero entra por un momento en su celda, cierra sus cuadernos de teología, y parece escuchar lo que se dice en torno suyo. Por un momento tambien parece respirar la pobre Alemania. Quien hubiese recorrido entonces la Sajonia, el Wittemberg y la Thuringia, las hubiese encontrado mas tranquilas. Pero el reposo á que se entregara el monje en el fondo de la soledad, donde se refugiara, era interrumpido á cada paso. A todas horas del dia la campana del convento venia á despertar al cenobita de un sueño que hubiera querido gustar por mas tiempo. Unas veces era un ilustre peregrino, que llamaba á las puertas para ver y escuchar al hermano Martin; otras, varios teólogos, que le interrogaban acerca de Santo Tomás, cuyo solo nombre le hacia daño, y á quien queria desterrar de las escuelas, para sustituirle Ovidio y sus metamorfosis; ya recibia por escrito una docta consulta sobre la guerra

de los turcos y el culto de los santos. Otras veces era Hutten, que le alentaba, diciéndole: «Vamos, hermano; todo va bien: ¡sus, sus; guerra á los frailes!» O Erasmo, que le felicitaba sobre sus *Comentarios de los Salmos*. Lutero es un verdadero padre de la Iglesia, que desde su oratorio pronuncia decisiones, y cuya palabra es escuchada como la de un Papa. El basta para todo. Hasta las horas destinadas al reposo las emplea en contestar á sus amigos. Reprueba abiertamente una cruzada contra los turcos. «¿A qué conducen esas guerras puramente carnales? La guerra intelectual es la que es menester emprender contra nosotros mismos. ¡Ah! Cuando Roma deja tan atras la tirania de los turcos; cuando con tantas abominaciones se levanta contra Cristo; cuando el clero se ahoga en un mar de avaricia, de ambicion y de lujuria; cuando el aspecto de la Iglesia es tan lastimoso, no queda ya esperanza de una buena guerra, de una dichosa victoria. Dios combate hoy contra nosotros; es preciso vencerle por nuestra fe.» Su doctrina sobre el culto de los santos es todavia católica. No quiere que se tache de supersticiosa la invocacion á los bienaventurados, las plegarias que se les dirigen, aun para las necesidades corporales, como hacen algunos herejes de Bohemia. «Los santos son nuestros abogados para con Dios; solo que hay que cuidar de no invocarlos mas que para curar las enfermedades de la carne.»

Leon X queria la paz en su Iglesia de Alemania; este era el voto de su corazon, su obra predilecta, la mas hermosa joya de su tiara. De ello tenemos un testimonio en la mision que diera al Cardenal Cayetano, que habia fracasado desgraciadamente ante la inflexible voluntad de Lutero. Obstinábase el Papa; esta vez escoge á un negociador de un talento menos ilustrado que Cayetano; era un alemán; un noble sajón, de una dulzura de carácter, que algunos historiadores católicos han tachado de molición. Miltitz no

queria tampoco disputar. El silencio que iba á exigir de Lutero se lo imponia tambien á los predicadores de indulgencias. Refirió á Federico de Sajonia el objeto de su mision, exhortándole á secundarle con todo su poder á seguir el ejemplo de sus antepasados, y á que no emprendiera nada que fuese indigno de su memoria. Al mismo tiempo hizo entregar á Jorge Spalatino una carta autógrafa, en la que Leon X le rogaba trajese á Lutero á la obediencia.

Miltitz pidió una entrevista al doctor: esta tuvo lugar en Altemburgo, mientras comian, á la usanza de los antiguos germanos. No hubo, ni de una ni de otra parte, palabras amargas, quejas ó amenazas; obsequiáronse como buenos convidados; abrazáronse, y Miltitz lloró de alegría. Lutero prometió vivir en paz en lo sucesivo, y escribir al Papa. Protestó de su amor y de su respeto por Leon X, de su fe humilde y sumisa, y se comprometió á escoger por juez de sus escritos al Arzobispo de Salzburgo. Miltitz, por su parte, juró imponer silencio á los adversarios del monje, y sobre todo á Tezel, á quien escribió, segun dice Seckendorf, una carta, llena de amargas quejas. El desgraciado dominicano, no pudiendo soportar la cólera del legado, cayó enfermo, y guardó cama. Lutero se apiadó de Tezel, y le escribió algunas palabras consoladoras; pero llegaron demasiado tarde: el fraile murió víctima de las calumnias de su enemigo, sin haber podido justificarse, y sin que le fuese permitido refutar públicamente lo que los agustinos habian propalado en Alemania acerca de sus doctrinas. Imaginose Miltitz que atraeria á Lutero á fuerza de adulaciones. Decíale, si ha de creerse á los escritores reformistas, que arrastraria consigo al mundo, y se lo arrabataria al Papa; que de Roma á Altemburgo con dificultad se hallarian dos ó tres papistas. Eucamináronse juntos á Liebenwerda, seguidos de una numerosa cabalgata, y allí llevaron alegre vida, segun

afirman los protestantes, comiendo y bebiendo dia y noche; hablando, dicen, muy poco de Dios, pero mucho de la mesa y de la bodega. Separáronse como buenos amigos. Miltitz estaba contento, y se reia de Cayetano. Jamás diplomático alguno habia sido burlado tan completamente.

Apenas hubieron terminado las conferencias, Lutero escribió al elector Federico:

«Mi querido y venerado señor: He visto á Carlos de Miltitz, y hemos convenido en los artículos siguientes: 1.º Que cesaré de predicar y viviré en la mayor quietud, á condicion, se entiende, de que mis adversarios hagan lo mismo. 2.º Que escribiré á Su Santidad que he sido siempre un hijo sumiso, y que siento en el alma que mis últimas predicaciones hayan promovido tantos odios, tantas injustas prevenciones contra la Iglesia de Roma. 3.º Que invitaré al pueblo á que persevere en su obediencia á la Santa Sede, y á interpretar mis obras, no como hostiles, sino como llenas de respeto hácia el papado. 4.º Que tomaré por juez de mi fe y de mis escritos al docto Arzobispo de Salzburgo. Si vuestra señoría encuentra que esto no es bastante, estoy pronto, por el amor de Nuestro Señor, á hacer lo que os agrade.»

Lutero no olvidaba su promesa, y escribió al Papa en 5 de marzo. Cada fecha es una sentencia.

«Santísimo Padre: La necesidad me obliga nuevamente á mí, escoria de los hombres y polvo de la tierra, á dirigirme á tan gran majestad como la vuestra. Dignese Vuestra Santidad prestar misericordioso oido á esta pobre ovejuela, y escuchar sus balidos...»

«Carlos de Miltitz, el canciller privado de Vuestra Santidad, hombre probo, me ha acusado en vuestro nombre, ante el ilustre príncipe Federico, de presuncion, de irreverencia hácia la Iglesia romana, y Vuestra Santidad pide de ello satisfaccion. Me contrista que sea tan desgraciado, para que haya podido recaer en mí la sospecha

de irreverencia hácia la columna de la Iglesia, cuando mi único anhelo es defender su honor.

»¿Qué debo hacer, santísimo Padre? Estoy falto de consejos. No puedo esponerme á vuestra cólera; pero ¿cómo evitarla? No lo sé. ¿Retractándome? Si es posible la retractacion que se me pide, pronto estoy á darla. Gracias á mis adversarios, á sus resistencias, á sus hostilidades, mis escritos se han popularizado mucho mas de lo que yo esperaba. Mis doctrinas han penetrado demasiado profundamente en los corazones, para que sea posible borrar las huellas que en ellos han dejado. Hoy día florecen en Alemania hombres de genio, de erudicion, de gran discernimiento. Si quiero honrar á la Iglesia romana, no debo decirme de nada. Una retractacion no haria mas que mancharla y entregarla á las acusaciones de los pueblos.

»¡Ah, santísimo Padre! Ante Dios y la creacion afirmo que nunca he tenido la idea de debilitar ni derribar la autoridad de la Santa Sede. Confieso que la potestad de la Iglesia romana está sobre todas las cosas; no hay nada sobre ella, ni en el cielo ni en la tierra, esceptuando á Jesus. No crea Vuestra Santidad á los que otra cosa digan de Lutero.»

El mismo Miltitz no hubiera dictado otra carta mejor á Lutero. Así, pues, ¿cómo no estar gozoso? ¿Podia suponer que era la burla del monge, y que aquella sotana ocultaba entre sus pliegues mas astucia y sutileza que el traje de un diplomático? ¿Podia sospechar que servia de juguete á un humilde monge ateman? ¿Qué alucinado debió quedar Leon X por esta fraseologia obsequiosa, que besa la tierra y se arrastra como la serpiente; por esos perfumes de lisonja que se exhalan de cada período y que parecen tan puros; por esas hipérboles latinas, que no podrian ser reproducidas en su candor nativo, aun por el idioma mas rico en imágenes!

Así es cómo aparece al enviado del Papa; así es cómo

quiere que se le juzgue en la corte del elector de Sajonia, su protector. Este es el Lutero que se muestra al público ante sus jueces á la faz de la Alemania.

Mas esperad, porque va á cambiar de papel: Lutero se despoja de su vellon de oveja para revestir una piel de culebra, y en vez de lastimeros balidos volverá á gritar con esa voz de trueno que ya le conocemos. Vedle en conferencia con sus amigos de infancia, Spalatino, Egranus, Staupitz, sin testigos importunos.

Escuchemos.

¿Quereis saber lo que es Miltitz, este *honestus hic vir*, de la carta á Leon X del 3 de marzo? «Un embustero, un embaucador, que le ha dejado dándole el beso de Judas y derramando las lágrimas del cocodrilo, con quien ha bebido alegremente, y cuya astucia ha fingido no comprender; que venia armado de setenta Breves apostólicos para prenderle y conducirle cautivo á su homicida Jerusalem, á su purpurada Babilonia, como ha dicho en la corte del príncipe.»

¿Deseais conocer lo que piensa de la corte de Leon X? «¡Ah! ¿Qué placer tendria en que se divulgase el diálogo entre Julio y Pedro (de Hutten), en el que se nos revelan las abominaciones de Roma; digo mal que las revelan, porque, ¿quién hay que las ignore? y que los Cardenales viesen su tiranía y su impiedad espuestas á todas las miradas!»

Con arreglo á la proposicion de Miltitz, consintió en escoger por juez de su doctrina á un Obispo. Pues pasad algunas páginas de su correspondencia, y vereis el caso que hace del episcopado. «Esos Obispos me llaman violento y audaz; no digo que no; pero, ¿quiénes son esos hombres para saber lo que es Dios y lo que somos nosotros?»

Se ha prosternado hasta la tierra, confesando que no hay bajo el cielo ningun poder superior al del Papa; ha

rogado humildemente á Leon X que no dé crédito á las calumnias de sus enemigos, que le imputan la intencion de negar la autoridad pontificia. Pues bien: aguardad no mas que algunas horas; dadle tiempo de que cierre la carta al Papa y de que la entregue á Miltitz. Apenas ha habido lugar para que se seque el sobre, escribe lo siguiente á Spalatino, su amigo de corazón: «¿Necesitaré decirlo en secreto? No sé, en verdad, si el Papa es el Antecristo en persona, ó si es su apóstol: tanto se ha corrompido á Cristo; es decir, la verdad: tan crucificado le veo en sus mandamientos. Me desgarran el corazón ver cómo se mofan del pueblo de Jesús.»

Digásenos ahora si en esta grave cuestion religiosa, en que estaba Roma tan interesada, ha faltado el Papado á sus deberes, si no ha cumplido los preceptos de Cristo y las máximas del Evangelio, si no ha agotado con Lutero todos los tesoros de la paciencia y de la dulzura. Cerca de tres años habia que el pueblo se agitaba con la cuestion de las indulgencias; á aquella hora no se encontraba en Alemania una aldea en que no resonase el nombre de Lutero, en que no se hablase en pro ó en contra de sus tesis.

A medida que ha avanzado el tiempo, sus nuevas doctrinas van tomando vuelo, van ganando terreno, y, cesando de ser modestas, marchan con la frente levantada. Lutero no es ya el pobre monge que se satisface con tener algunos oyentes; su púlpito está en todas partes, y ya no es dueño ni de su pensamiento. Si desea tenerle oculto hasta ocasion mas propicia, su impresor no teme desobedecerle, y publica en hojas sueltas sus opiniones, que se difunden por todas partes. Miltitz nos dirá en Roma que hubiera dado todos los tesoros del Vaticano para acallar este gran tumulto, que Francisco I en toda su gloria, y Carlos de Austria, no han podido hacer olvidar mas que durante los dias en que los Estados germánicos se reunieron para elegir un Emperador, porque Maximiliano acababa de morir;

y esos dias pasaron con harta rapidez. ¿Qué medios no ha empleado Leon X para que no estallara la tempestad? En un principio, como hemos visto, cuando se vió amenazada la integridad del dogma católico, dirige sus Breves á los Arzobispos y Obispos de Alemania, á las diversas órdenes, á los conventos de la Sajonia y del Wiltemberg, y su voz no es oída de Lutero. Entonces el Papa recurre al poder civil. Maximiliano no es mas afortunado que él. ¡Tal vez deslumbrado al monge la pompa romana! Lutero la ve, y se sonríe. Cayetano se cansa á la segunda conferencia. Hé ahí á Miltitz que mata con algunas palabras amargas al jefe de los limosneros, Tezel. Despues viene Staupitz; despues Gerónimo Spalatino; en fin, hasta los pobres frailes de Juterbock, que, á falta de saber, hablan con la voz de su conciencia, turbada con tantas discordias.

Así pasaban, inclinándose ante Lutero, tiara y diadema, púrpura y burriel. Habia ciertamente motivos para conmover una inteligencia, por inflexible que se la suponga; y, sin embargo, Lutero resiste. Nada quiere escuchar. ¿Por qué? A creerle, Dios es quien le envia y le impulsa: *Rapit et pellit*; ya no es dueño de sí mismo; este movimiento de los espíritus, este desorden de las inteligencias, «esta gran plaga del cielo,» no le espantan; quiere á toda costa cumplir su mision, sin cuidarse del juicio de los hombres, de los consejos de sus compañeros de estudio, de las amenazas, de los rayos de la Iglesia, del destierro ó de la muerte. No teme mas que á un hombre; y sus cartas atestiguan cuán vivos son esos temores; este hombre es el elector de Sajonia, que adquiere grande importancia por las adulaciones de Lutero. Bien es verdad que Federico de Sajonia podia con una sola palabra hacer pedazos este instrumento de discordia, y reservar á Lutero la suerte que el brazo secular deparó á Gerónimo de Praga ó á Juan Huss; pero no lo hará, no; y no porque su fe vague indecisa, ni porque le preocupe la cuestion de las indul-

gencias, ni porque á sus ojos la gracia no pueda conciliarse con el libre albedrío, ó que tenga la convicción que le suponen los escritores reformistas; sino porque tiene un hijo natural al cual ha negado Roma un beneficio, y hé aquí explicada de una manera verosímil esa simpatía por Lutero y su política con la Santa Sede. Así es que, mientras Miltitz y los Obispos asedian á Lutero para que cumpla su promesa, y lleve su causa ante el Obispo que él mismo ha escogido en su conferencia de Altemburgo, Federico guarda silencio, y ni aun demuestra admirarse de la negativa del monge.

Los motivos que tenia Lutero para no ceder á Miltitz, están enumerados en una carta al camarero del Papa.

En Altemburgo juzgaba que el comparecer ante el Obispo era necesario; mas ahora que sus doctrinas han desafiado la luz del sol, ¿á qué presentarse? Indíquesele los artículos de que deba retractarse, y déñsele las razones de esta retractacion.

Después de esto, este le ofrece una discusion solemne en Leipzig, por no haber querido el Arzobispo que tuviese lugar en Augsburgo. Así, pues, ¿qué ignominia no recaería sobre él y sus amigos, sobre su orden, sobre la Universidad y el elector de Sajonia, su protector, si fuera á rehusar este desafío? ¿Acaso tantos ilustres personajes como asistirían á este torneo no serian doctores tan competentes como un Arzobispo ó un Cardenal?

«Y además, añadía, no quiero por juez á un Cayetano, que hubiera querido hacerme renunciar á la fe cristiana, y que no es católico!»

3

CAPITULO IX.

PROGRESO DE LA IDEA LUTERANA.—1520.

Lutero promete á Staupitz y á Wenceslao Linck escribir una carta de submission al Papa, y aquella misma noche insulta al papado en otra carta que escribe á Spalatino.—Sus arrebatos contra Alved.—La rebelion hace progresos.—Causa de sus triunfos.—Erasmus.

CARLOS V era Emperador de Alemania. Lutero tiene necesidad de la proteccion de este principe. Sabe fingir, y si es preciso, besar los pies del monarca, salvo el reir después con sus amigos de la buena fe del Emperador.

Escribe, pues, á Carlos V una carta, en que le habla de su deseo ardiente de permanecer ignorado en su apartado rincón de tierra, de donde pide gracia, como criatura miserable que es, á sus enemigos, de donde ofrece su silencio como prenda de su buena voluntad por la paz de la Iglesia. Esta carta fue leida en toda la Alemania. Miltitz vió en ella una profesion de fe. El Nuncio del Papa se dirigió á Wittemberg; vió mas tarde á los padres del convento, y obtuvo que Staupitz y Wenceslao comprometieran á Lutero á escribir una nueva carta al Soberano Pontífice. Los padres tuvieron una larga conferencia con el doctor. Staupitz se mostró tan apremiante, que Lutero prometió todo lo